

## ¿Todas las historias merecen ser contadas?

### San Sebastián de los Reyes 1985-2010

María Fernández Salgado

Existe un viaje para mí fundamental: es el que lleva de la periferia al centro. El centro es centro porque es ciudad y brilla, es donde crees que van a pasar las cosas y hacia el se proyecta tu deseo. Irremediablemente. La periferia se define por defecto y con respecto al centro: no brilla ni sucede nada en ella, a no ser, claro, que alguien se ocupe de invertir los viajes y acontecimientos. Imagino que las luchas vecinales y culturales que tuvieron lugar desde finales de los años 60 en los cinturones de las grandes ciudades del Estado pasaron por el intento de, en primer lugar, hacer habitables espacios recién «especializados» y mal urbanizados y, en segundo lugar, por tratar de que esos mismos barrios donde tanta gente empieza a nacer y pulular se conviertan en lugares, en comunidades, en sitios con contorno su propio. La pregunta es, ¿de qué modo vengo de aquí? o al menos «yo vivo aquí, en tal lugar». La pregunta es, ¿de qué modo un sitio que antes no existía o existía apenas trabaja por aparecer?, ¿cómo se codifica, se territorializa, las vidas de los sujetos que allí llegan o nacen?, ¿de qué modo organizan su tiempo, su ocio, su habitación?, ¿qué respuestas culturales y políticas surgen ante las preguntas del nuevo espacio-tiempo?

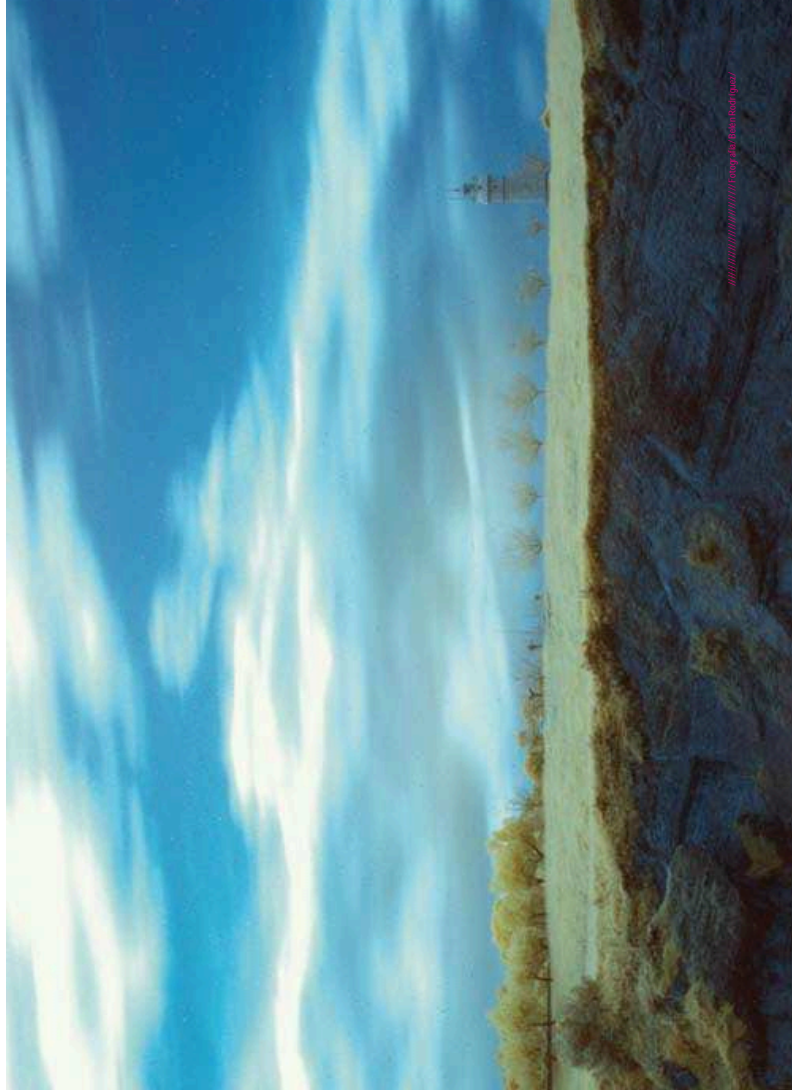
No es tan sencillo que un lugar exista. De hecho cada vez este proceso resulta más complicado. Los ritmos del espectáculo y del consumo llevan sus buenos cuarenta años funcionando para borrar cualquier resto de código, tradición o creatividad espontánea de masas que, a su vez, están automatizadas, idiotizadas y anestesiadas. Las ciudades de la UE se parecen como sus habitantes mismas lo hacen. Las periferias desaparecen en el momento en que nadie quiere ya nada más que dormir en ellas. «Ciudad dormitorio» es una de las palabras que más pena me da en el mundo. Con esto no quiero decir que todas las ciudades-dormitorio comparan a la misma realidad, ni mucho menos. Las hay más obreras, las hay más pobres, las hay más plenas, las hay más alejadas, las hay peor comunicadas, las hay aún más leas y las hay todavía más aburridas. El sureste de Madrid fue, sin duda, la zona más competitiva desde finales de los 60; no así el norte, de donde vengo yo. Su desarrollo demográfico es ligeramente más tardío y la composición de clases diferente; además, en la periferia norte se encuentran

las urbanizaciones de lujo y pseudolujo, los adosados, los jardincitos, las vistas a la sierra, las imitaciones del suburbio yanqui y los colegios privados y concertados donde descansas un poco a la vecindad. Yo no vivía en una urbanización, aunque estudiaba en una, sino en las primeras edificaciones de protección social, junto al casco histórico: por eso la mayoría de mis vecinos fueron, lo querían o no, proletas, albaniles, camareros, fontaneros, porteros, carniceros y millones de amas de casa, un ejército de amas de casa. Gente, no obstante, sin ningún tipo de conciencia de estar en ninguna posición desfavorable, al fin y al cabo tenían un curro y una casa y dos hijos o dos hijas o un hijo y una hija. Gente que cada vez se hizo más facha sin venir a cuento, yo creo que aquella fue una moda de los 80, de la época de Aznar y de las *manzanas*. Por cierto que *Sorpresa Sorpresa*, otro hito del tejido de los 90, se rodó en mi calle. Es una calle mítica, ¿a qué se?

No estoy segura de que el San Sebastián de los Reyes de la transición tuviera espesor su propio para fundar un relato colectivo capaz de dar contorno a aquel pueblo castellano que de 1966 a 1980 se reconvirtió en ciudad. Es probable, no obstante, que la poca o mucha identidad de Sanse fuera inventada durante aquellos años, de forma paralela a la recuperación de las zonas patronales del verano. Las zonas de los Remedios (como las del 2 de mayo), la cabalgata y el carnaval fueron impulsadas por los ayuntamientos y por asociaciones tradicionales o «peñas» que se fundaron a partir de 1978. Que los encierros se remonten quinientos años atrás no cambia el hecho de que su espectacularización (y televisado) no cuente con más de treinta años. También ayudó a la identidad algo tan rural y caqui como que inmediatamente al lado se levante una ciudad más rica y mejor organizada, Alcobendas.

Dos barrios de muy distinto signo escatan un nombre propio de las historias: por contar de Sanse. El uno se llama La Zaporra y el otro, Rosa de Luxemburgo. El primero fue un barrio de aluvión que, como tantos otros del Madrid de finales de los 60, comenzó a ser construido por la inmigración rural; el segundo es una urbanización de casas unifamiliares planificadas por cooperativistas del PCE y de CC.OO. que nació en 1982. Los dos barrios, como señal de identidad, celebran cada año sus propias «fiestas patronales», religiosas y laicas, respectivamente.

La Zaporra es un barrio popular entre Sanse y Alcobendas. En La Zaporra se articuló una asociación vecinal que peleó durante años por la mejora de las condiciones de habitabilidad del barrio y organizó, a la vez, actividades culturales



<http://www.fotomundo.com/imagenes/160810097>

